

*Artículo de investigación*

# **El mundo de la pandemia de la COVID-19 en 5D. Desmaterialización, deshumanización, desigualdad, desencanto y desasosiego en los tiempos del viroceno**

**Ernest Ruiz i Almar<sup>1</sup>**

Departamento de Geografía. Universidad de Barcelona.

E-mail: [eruiz@ub.edu](mailto:eruiz@ub.edu)

Recibido: 01/06/2022; Aceptado: 15/07/2022; Publicado: 31/07/2022

## **Resumen**

El inicio del siglo XXI no puede ser, sino, calificado como de extraordinario. Los acontecimientos vividos en estos veintidós años son verdaderamente significativos y sus impactos profundos. La pandemia de la COVID-19, causada por el virus SARS-CoV2, está entre ellos y su repercusión global nos obliga a replantear muchos de los aspectos que caracterizan nuestro modo de vida actual. En este texto se reflexiona sobre los acontecimientos pandémicos vividos y sobre sus efectos y se plantea la necesidad de modificar el modo en que el ser humano lleva a cabo su existencia en el planeta tierra.

**Palabras clave:** pandemia, COVID-19, desmaterialización, deshumanización, desigualdad, desencanto, desasosiego, viroceno.

**The world of the COVID-19 pandemic. Dematerialization, dehumanization, inequality, disenchantment and restlessness in the times of the Virocene.**

## **Abstract**

The beginning of the 21st century can only be described as extraordinary. The events experienced in these twenty-two years are truly significant and their impact is profound. The Covid-19 pandemic, caused by the SARS-CoV2 virus, is among them and its global impact forces us to rethink many of the aspects that characterize our current way of life. This text reflects on the pandemic events experienced and their effects, and considers the need to modify the way in which human beings carry out their existence on planet earth.

**Keywords:** pandemic, COVID-19, dematerialization, dehumanization, inequality, disenchantment, restlessness, virocene.

---

<sup>1</sup> El autor desea agradecer a Clàudia Marco i García los comentarios efectuados a lo largo de la redacción de este texto.

*Si soy pesimista es porque el mundo es pésimo.*

*José Saramago*

### **1. Veintidós años en el siglo XXI**

Al observar el día a día en que nos ha sumido la expansión planetaria del coronavirus SARS-CoV2, que provoca la enfermedad que conocemos como COVID-19, no podemos evitar recordar los impactantes acontecimientos que ha vivido la humanidad que habita en la geotecnoesfera (Buzai, Ruiz, 2012), en estos densos primeros veintidós años de siglo XXI y los inmensos cambios que estos hechos han provocado, y continuarán provocando en los decenios venideros, en la vida de los ciudadanos del planeta.

Al volver la vista atrás y al contemplar sorprendidos todo lo sucedido debemos preguntarnos si alguien hubiera podido imaginar durante la noche del 31 de diciembre de 2000, en el tránsito desde el siglo XX al siglo XXI, que iban a producirse las situaciones que hemos experimentado durante estos dos últimos decenios.

La remembranza se inicia con los ataques contra las Torres Gemelas del World Trade Center en Nueva York, en septiembre del año 2001. Los ecos de aquellos hechos aún resuenan hoy en día en nuestros oídos veintiún años después de dichos acontecimientos. Se muestran ante nuestros ojos en la forma de una catástrofe humanitaria de dimensiones colosales, cuando miles de afganos huyen de su hogar al ser definitivamente abandonados por aquellos que decidieron “llevarles la libertad y la democracia”, como si ambas cosas fueran algo que pudiera entregar Amazon a la puerta de nuestra casa. Un fracaso político global sustentado en una mentira orquestada por la administración de George W. Bush, Richard B. Cheney y Donald H. Rumsfeld, hecha pública en la sede de las Naciones Unidas por el Secretario de Estado Colin Powell y apuntalada por el Trio de las Azores, que pretendía reinventar o transformar una sociedad desde la habitual posición de dominio arrogante del imperio estadounidense, que ha causado la desestabilización de gran parte del planeta y que, aún hoy en día, esconde los habituales intereses económicos y geoestratégicos de las potencias globales que teorizaron geógrafos como Halford J. Mackinder o Saul B. Cohen.

Sigue con la Gran Recesión, la crisis financiera global de 2007-2008. Iniciada durante el verano de 2007 en los Estados Unidos, se propagó por todo el mundo en pocos meses. Resultado de la avaricia de unos cuantos, que inventaron productos financieros imposibles con los cuales continuar ganando dinero a espaldas, impuso a los ciudadanos una austeridad punitiva y una subinversión pública crónica que les legó un reguero de desigualdad social. Como en toda crisis económica que se precie (o como en toda crisis) los ricos, desde su ya privilegiada posición, se hicieron más ricos y el resto de las personas tuvieron que oír que “habían vivido por encima de sus posibilidades” y que debían pagar por unos excesos que ni habían propiciado, ni habían cometido, por mucho que los voceros oficiales se empeñaran en transmitir el mensaje que describía a la gente de a pie como manirroto

irresponsables. De nuevo, el impacto de esa crisis aún resuena hoy pues, aunque haya quién considere que lo peor ya pasó, la vida cotidiana de los muchos ciudadanos que experimentan carencias de todo tipo como consecuencia de esa recesión desmiente esta afirmación.

Continúa con la crisis de la COVID-19. Una “hecho social total”<sup>2</sup> (Ramonet, 2020), una situación disruptiva que afecta al conjunto de la humanidad en todos los ámbitos de la vida. Una crisis múltiple que sacude todas las relaciones sociales, que afecta todos y cada uno de nuestros ámbitos vitales, los de las instituciones, los valores de la sociedad. Una triple crisis sanitaria, económica y social de cuyas verdaderas dimensiones comenzamos ahora a hacernos una idea, después de más de dos años de vivir en una “nueva normalidad”, que nada tiene de normal, si es que existe alguna normalidad. Una normalidad llena de claroscuros, dudas, contradicciones e incongruencias en la que las otrora distopías literarias se han hecho realidad. Una situación extrema que ha puesto sobre la mesa lo mejor y lo peor de las personas: la solidaridad (¿Quizás forzada por las circunstancias?), el egoísmo (¡Viva mi libertad! La de los demás...ya si eso.), el miedo (Tened cuidado no os contagiéis.), la culpa (Tened cuidado no contagiéis.).

Finaliza, por el momento, con la invasión rusa de Ucrania, un país situado en el centro de Europa al que el Viejo Oso y su presidente consideran una propiedad y tratan como si fuera uno de sus patios traseros, en un movimiento que pone en entredicho el actual orden mundial y propone uno nuevo en el cual parece ser que los valores humanistas, ilustrados y democráticos no cuentan para nada. De nuevo la violencia de otra guerra, la expresión más palpable del fracaso de la humanidad como tal, en el viejo continente como la que hubo en los años 1990 en la antigua Yugoslavia. Aquel conflicto, como todos, dejó tras de sí un reguero de sufrimiento para la población que, también esta vez, será la que más padezca las consecuencias de un enfrentamiento desigual. Ya la vemos sufrir, como antes han sufrido otras en parecidas circunstancias quizás menos mediáticas, cuando millones de personas deben huir forzosamente de sus ciudades para garantizar su supervivencia o cuando, los que no pueden marchar, mueren bajo los bombardeos. Del lado del invasor, los que se sensibilizan con los afectados y muestran su desacuerdo con la situación son amenazados, detenidos y encarcelados porque la discrepancia y el pensamiento crítico en el nuevo mundooliberal al que parece que nos encaminamos no tienen cabida. La nueva situación, que otra vez esconde los centenares de intereses geoestratégicos cruzados existentes entre las grandes potencias que luchan por extender su dominio y su poder en detrimento de los demás en el mundo globalizado (China como nueva gran potencia, Estados Unidos recuperando su papel de policía global y Europa relegada a un papel secundario), nos retrotrae a los años más intensos de la guerra fría, aquel periodo histórico que los más mayores creíamos completamente olvidado y que ahora, para asombro de los más jóvenes aún no del todo familiarizados con el nivel a que puede llegar la hipocresía, el cinismo y la estupidez humana, parece regresar desde aquella noche del 9 de noviembre de 1989 en que cayó el Muro de Berlín.

---

<sup>2</sup> El concepto “hecho social total” aparece de la mano de Marcel Mauss en su obra “*Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques.*”, publicado entre 1923 y 1924 en la revista *Année Sociologique*.

Toda esta sucesión de crisis superpuestas sin solución de continuidad se producen, además, en un contexto de gravísima crisis medioambiental global, de limitación de recursos, de injusticia social generalizada, de crecimiento demográfico acelerado (una cuestión que tarde o temprano será utilizada torticeramente para defender acciones injustificables), de crisis de representación política, propio de un sistema, el capitalista, que tiene como objetivos fundamentales la acumulación, el crecimiento y el consumo sin límites, a ser posible sin la participación de la mayoría de la población, excepto para este último aspecto para cuyo logro sí la necesitan. Un sistema que se extiende geográficamente a todos los rincones del planeta que, capitaneado por las élites de las grandes corporaciones, no deja de expandirse hacia nuevas esferas, creando nuevos mercados donde no los había y mercantilizando cosas que nunca habían sido objeto de transacción (Milanović, 2020). Entre sus objetivos para dominar el mundo, el último planteado comporta la capitalización de la naturaleza, un nuevo impulso concretado paralelamente a la Conferencia del Cambio Climático celebrada en 2021 en Glasgow, a través de la creación de la Glasgow Financial Alliance for Net Zero, la aprobación de los puntos clave del artículo 6 del Acuerdo de París sobre la creación de unas reglas financieras unificadas para los mercados globales de intercambio de carbono y el anuncio por parte de la Bolsa de Nueva York y el Intrinsic Exchange Group (IEG) del lanzamiento a los mercados de nuevos vehículos de inversión asociados a las compañías con activos de carácter natural. Según el IEG, cuya misión es “convertir los activos naturales en activos financieros para beneficio de la naturaleza y la humanidad”<sup>3</sup>, el valor de los activos del planeta Tierra ascendería a 4 cuatrillones de dólares, todos disponibles para ser comercializados (Foster, 2022).

Los acontecimientos descritos han generado una gran inquietud y enfado entre la ciudadanía que observa y padece los excesos de la globalización (que únicamente se ha enfocado hacia la propagación planetaria del consumo y no hacia la propagación planetaria del bienestar humano) y las desigualdades que crea un capitalismo demasiado poderoso y un poder político que parece haber tirado la toalla ante él o, simplemente, le sigue el juego porque le conviene mantener el estado actual de las cosas, como si no hubiera ninguna otra alternativa posible. Como si este sistema fuese un axioma, una verdad universal totalmente cierta e innegable y no un mero constructo social que podría tomar cualquier otra forma (con las limitaciones que impone un planeta finito) si existiese una verdadera voluntad de cambio. Todo ello genera grandes tensiones que obligan a reflexionar profundamente acerca de cómo debe ser nuestro futuro, a cuestionar el camino que se debe tomar para evitar que el planeta, y las personas que lo habitan, se vayan definitivamente al garete. Debemos preguntarnos, ¿quiénes somos y quienes queremos ser?

En este artículo se reflexiona sobre algunos de los cambios acontecidos en el mundo y en la vida de las personas a lo largo de estos dos años de vida pandémica. En primer lugar, se trata sobre el acontecimiento pandémico en sí mismo, un fenómeno que actúa como catalizador y acelerador de inmensos cambios en todos los ámbitos sociales. A continuación, se analizan los cinco conceptos

---

<sup>3</sup> Véase <https://www.intrinsicexchange.com/about>

expuestos en el título de este artículo, considerándolos como procesos y efectos de la pandemia que, aunque ya existían previamente, se han acentuado durante este periodo. Unos procesos que modifican significativamente el modo de vida de las personas y anticipan hacia donde parece ser que se encamina la sociedad. Finalmente, se concluye introduciendo el concepto de viroceno, que describe una nueva etapa, larga y fragmentada, que se inicia con la llegada del virus y que se caracterizará por la aparición de situaciones críticas como la vivida, a modo venganza del planeta<sup>4</sup> como consecuencia de la presión que ejerce el ser humano sobre el medio natural, en un contexto repleto de carencias, desigualdades, inseguridades y ansiedades. En relación con esta situación, se argumenta la necesidad de llevar a cabo un cambio en la manera que el ser humano desarrolla su existencia sobre el planeta que tome en consideración los desafíos a los que se enfrenta y le permitan modificar la situación en que se encuentra.

## 2. La vida en la pandemia

La vida en la pandemia es desagradable. En su artículo publicado en *Le Monde Diplomatique* en español en abril de 2020, Ignacio Ramonet calificaba la crisis de la COVID-19 como un “hecho social total”, entendido como una situación que afecta a todas y cada una de las dimensiones vitales del ser humano. Impulsada por la extensión del virus de origen animal y soportada por la población mundial en un entorno de incertidumbre, de miedo, de culpa y de sufrimiento, la pandemia ha modificado radicalmente, hasta el más mínimo detalle, los modos de vida de los seres humanos en todos los lugares de planeta, poniendo de manifiesto que el mismo es un sistema global interrelacionado, en el que cualquier hecho, por muy insignificante que pueda parecer a primera vista, es susceptible de acabar afectando a la totalidad. Los impactos más significativos derivados de la situación causada por el coronavirus SARS-CoV2 se han observado en las esferas sanitaria, económica y social que son, con toda probabilidad, las que más han padecido sus efectos.

La crisis sanitaria actual provocada por la pandemia, precedida por las pandemias del SARS en el año 2002, de la gripe aviaria de 2004-2006, de la gripe porcina de 2009 o del MERS en 2012, advertida reiteradamente por los científicos especialistas en salud pública, virología o infectología y pronosticada en diversos informes prospectivos que planteaban clara e inequívocamente que la situación actual iba a producirse (NIC, 2008; GPMB, 2019), llegó inesperadamente para la mayoría de la población mundial que, en su día a día, vive ajena a informaciones como las mencionadas. Excepto, quizás, por los augurios derivados de las distopías planteadas por la imaginación de algunos autores de ficción, que en sus obras literarias o cinematográficas mostraban la posibilidad que un virus infectara a la humanidad a escala planetaria, para la mayoría de los ciudadanos, más ocupados “por lo inmediato que por lo latente” (Innerarity, 2022), la llegada de la COVID-19 no era nada más que eso, una eventualidad de ficción.

---

<sup>4</sup> En alusión a la obra de Robert D. Kaplan “La venganza de la Geografía”, publicada en castellano por RBA en 2013.

No se puede afirmar lo mismo sobre las autoridades y gobernantes que tenían a su disposición todas esas evidencias y habían tenido que gestionar las pandemias precedentes y los sistemas públicos de salud que las soportaban. No pueden aducir desconocimiento, ni desinformación, ni no haber sido advertidas ante la posibilidad de la llegada de un nuevo virus. Aún y así, su reacción resulta a todas luces y aún hoy en día, plagada de claroscuros, reacciones precipitadas, a menudo incongruentes y contradictorias que no les dejan en demasiado buen lugar. Pero ¿es que quizás esperábamos más de ellos en el mundo de la posverdad, en el mundo de la política sin poder, de la política que ha pasado de plantear objetivos futuros, a gestionar el día a día y, finalmente, a aparentar, de la política donde todo es escenificación y espectáculo, en el mundo donde no importa la verdad sino en el que sea cual sea el relato este sea comunicativamente efectivo y quede bien en las portadas, en el mundo en que la política no deja de ser otro bien consumible y que como tal se somete a las reglas del mercado? Es lamentable tener que plantear estas preguntas, pero deben ser formuladas y respondidas desde una actitud crítica pues de ello depende la democracia en la que algunos tienen aún la suerte de vivir.

La información de las estadísticas de salud que recoge el *Coronavirus Resource Center* de la Universidad Johns Hopkins (CRC-JHU, 2022) y publica a través de su panel de control geográfico para todo el mundo, indican que a principios de 2022 la cifra de casos de COVID-19 ocurridos en esta crisis sanitaria se eleva ya a los 478 millones, mientras que el número de fallecidos ya suma 6 millones de personas<sup>5</sup>. Los últimos análisis publicados muestran que esta cifra de decesos se queda corta debido a la infravaloración estadística que se ha producido en algunos países y la eleva hasta los 18,2 millones de personas fallecidas (Wang, 2022).

Afortunadamente, a diferencia de lo acontecido durante la Gran Recesión, cuando la población giró sus cabezas hacia el estado en busca de ayuda y protección y únicamente encontró desprecio en la forma de culpabilización y recortes masivos en los servicios públicos, en esta ocasión, al menos en los países occidentales más desarrollados, los poderes públicos han optado por ponerse al frente de la situación. Lamentablemente, se han encontrado con lo que ellos mismos habían sembrado años antes, unos sistemas públicos de salud diezmados, faltos de recursos en todos sus ámbitos: unidades de cuidados intensivos cerradas, plazas hospitalarias insuficientes, falta de personal sanitario. Por no mencionar las residencias de ancianos, a donde se supone que los más mayores van a encontrar una nueva vida, cuando en realidad quedan aparcados ahí para que no molesten, para que los más jóvenes puedan continuar sometiendo sus vidas a la necesaria explotación a la que obliga el sistema capitalista, que no deja tiempo, ni recursos para las cosas importantes, como es cuidar a quien nos cuidó previamente. En ellas murieron miles de personas<sup>6</sup> en la más absoluta soledad, sin la posibilidad de recibir la atención sanitaria debida. Aún hoy en día sus familiares esperan alguna explicación o la asunción de responsabilidades sobre lo acontecido que es probable que nunca llegue.

---

<sup>5</sup> Véase <https://coronavirus.jhu.edu/map.html> para la obtención de datos actualizados sobre el número de casos y de fallecidos.

<sup>6</sup> Véase [https://www.imsero.es/imsero\\_01/mas\\_informacion/serv\\_soc/sem\\_cr/index.htm](https://www.imsero.es/imsero_01/mas_informacion/serv_soc/sem_cr/index.htm)

Encontrándose al frente de la situación, las autoridades han desplegado un amplísimo abanico de medidas con el objetivo de hacer frente a la pandemia y la crisis sanitaria derivada de esta, todas y cada una de ellas de una excepcionalidad nunca vista y muchas con una fuerte afectación a los derechos fundamentales de la ciudadanía. Cierres obligatorios que se prolongaron durante meses con el objetivo de ralentizar la extensión del virus y evitar el colapso de unos servicios sanitarios bajo mínimos. *Desmaterialización* de un día para otro de todas las actividades humanas. Virtualidad por la vía de la digitalización. Teletrabajo, comercio digital, educación a distancia, relaciones personales mediatizadas por las pantallas. Falta de contacto. Adaptación a marchas forzadas de la vida, trasladada del mundo físico al mundo virtual, desde el mundo abierto al mundo cerrado de las burbujas de aislamiento (Buzai, 2021). Fuertes medidas acompañadas de un gran despliegue tecnológico para el control de la pandemia, pero también, para el control social. *Deshumanización* cuando las llamadas tecnologías y máquinas “inteligentes” son las encargadas de vigilar a los seres humanos. Muchas de ellas, con un eminente componente geográfico, porque el virus y la enfermedad son, también, dos hechos geográficos totales y como tales deben ser entendidos y tratados.

En la pandemia el territorio y la Geografía, como ciencia que estudia los elementos, los fenómenos y los procesos físicos y humanos que se encuentran o se producen sobre la superficie terrestre, se han revelado como unos elementos clave para la comprensión de esta: en qué lugar se inició, desde donde se propagaba, hacia donde lo hacía, que características tenían esos territorios y la población que los habitaba, como se modificaban esos lugares y la vida en ellos con la llegada del virus. Además, se han desplegado una gran variedad de geotecnologías para el seguimiento y el rastreo de contactos. El denominado *digital handshake* que permite compartir la localización entre teléfonos móviles que entren en contacto durante un periodo de tiempo determinado, la localización vía GPS o Bluetooth, el seguimiento y rastreo de localizaciones vía teléfonos móviles (con el desarrollo de aplicaciones específicas para tales dispositivos), tarjetas de crédito o circuitos cerrados de televisión (NRF, 2021). El uso intensivo de las tecnologías de la información geográfica (TIG) ha permitido acercarnos a conceptos como el ya mencionado de la geotecnosfera y los que plantea el *big data* geográfico (Ruiz, 2015), al que se llega mediante la sensorización activa y la sensorización pasiva, los sistemas basados en la localización (SBL) y, en general, mediante todos aquellos sistemas que permiten la recogida masiva de información geográfica.

Esta completa inmersión en los datos geográficos ha permitido comprobar cómo es de tenue la línea que separa el buen y el mal uso de la tecnología geográfica (de la tecnología en general), la cual tanto sirve para la creación de herramientas de gran utilidad, como los mencionados paneles de control geográfico para el seguimiento de la evolución del virus o como de sistemas para la geocibervigilancia digital masiva que despiertan todo tipo de recelos. El caso paradigmático de este último tipo de utilización bien pudiera ser el de algunos países asiáticos, lugares donde cualquier atisbo de crítica ante la vigilancia digital es prácticamente inexistente (Han, 2020) y que al inicio de la pandemia incluso fueron tomados como ejemplo de eficacia, que desarrollaron aplicaciones para el seguimiento

de personas (China con Health Code , Singapur con Tracetogether, Corea del Sur con Co100) de uso voluntario pero obligatorias *de facto* que comportaban un nivel de intromisión en la vida privada muy elevado. En los países occidentales, tales aplicaciones fueron mayoritariamente rechazadas por los ciudadanos, ante la invasión de la privacidad que las mismas comportaban. Paradójicamente, el freno a la extensión del virus ha llegado, pero, de la mano de la profilaxis vacunal y de medidas menos sofisticadas como la utilización de mascarillas, el mantenimiento de la distancia física (la mal llamada distancia social) y la higiene personal, como recordatorio que la tecnología no lo puede todo.

Además de las evidentes afectaciones que la pandemia ha ocasionado en la salud de las personas y en los sistemas sanitarios que cuidan de esa salud, ésta ha afectado profundamente a la esfera económica. El paro global de toda actividad ha producido grandes pérdidas de puestos de trabajo (y con ello, un aumento de la *desigualdad* y la pobreza, especialmente entre las personas que ya se encontraban previamente en una situación de vulnerabilidad) una crisis de demanda y posteriormente, al ponerse el mundo de nuevo en marcha, una crisis de oferta. Si a este escenario en que se encuentra la economía global como resultado de la pandemia se añaden las consecuencias aún presentes de la crisis económica de 2007-2008 (y, ahora, las del conflicto bélico en Ucrania), las repercusiones van a ser muy profundas en la esfera social para toda la población, pero en especial para las personas más vulnerables que no pudieron recuperar su calidad de vida previa a la Gran Recesión y para las generaciones más jóvenes que pueden ver nuevamente truncados sus proyectos de vida. El hecho es que la pandemia ha actuado como un factor desigualador desde su inicio y, si no se toman las decisiones que lo impidan, es más que probable que se intensifiquen las situaciones de injusticia social, de vulnerabilidad y de desigualdad que ya golpearon fuertemente a la sociedad hace catorce años, como consecuencia de un sistema económico globalizado sometido a la lógica financiera y especulativa que, paradójicamente, está destruyendo las bases económicas sobre las que ha crecido y se ha sustentado.

La gran inquietud de la ciudadanía a que se hacía referencia anteriormente en este texto producto de la cadena de acontecimientos descritos, acaba traduciéndose en *desencanto*. Desencanto con el mundo que se muestra hostil. Desencanto con la desigualdad que genera el sistema capitalista, una desigualdad que interfiere en la vida, que causa regresión y desvinculación social. Desencanto con la política y su superficialidad, con su poca claridad, con sus incongruencias, con sus contradicciones, con su corrupción. Desencanto con una democracia que, cada vez más, pierde el sentido que refleja su propio nombre, *démos y krátos*, el poder del pueblo.

Finalmente, ese desencanto se convierte progresivamente en *desasosiego*. Por acumulación, por cansancio y desesperanza. Cuando ante todo este panorama, la incertidumbre es la única certidumbre. Cuando el aislamiento impuesto produce desamparo, alienación y se pierde el sentido vital. Cuando la situación economía se vuelve insostenible. Cuando la desigualdad aumenta y es imposible desarrollar una vida plena. Cuando la tecnología digital se apodera de todo. Cuando la desinformación y la mentira se apoderan del discurso público y ambas aparecen en cualquier lugar,

en cualquier momento y en cualquier circunstancia y, con ello, se torna una tarea imposible saber realmente lo que alguien sabe, piensa o siente.

### 3. Desmaterialización

La desmaterialización es, probablemente, una de las consecuencias más evidentes de la pandemia. Resultado de los cierres obligatorios que los gobiernos ordenaron en todo el mundo, llegó de un día para otro, literalmente. En España, el 14 de marzo de 2020 mediante la promulgación del Real Decreto 463/2020 (BOE, 2020), que declaraba el estado de alarma y limitaba fortísimamente uno de los derechos fundamentales que en democracia tiene la ciudadanía, el de la libertad de movimiento. Exceptuando una decena de casos, todas las actividades habituales en la vía pública quedaban prohibidas. Se cerraban los comercios no imprescindibles, se trasladaba la actividad educativa en todos los niveles de enseñanza al mundo virtual, el teletrabajo se imponía (una modalidad laboral que en muchos casos ha funcionado sin regulación o con una regulación establecida urgentemente, de la que se desconoce si ha llegado para quedarse o no, sobre la cual no se ha producido un análisis a fondo sobre en qué situaciones y en qué condiciones debe producirse y cuáles pueden ser sus implicaciones para los trabajadores y las empresas). Se suspendía la actividad comercial, la de los equipamientos culturales, la de los establecimientos recreativos, las actividades de hostelería y restauración. Los servicios de transporte veían limitados sus aforos máximos, se obligaba a los medios de comunicación públicos y privados a insertar los mensajes, anuncios y comunicaciones que las autoridades competentes considerasen necesarios emitir. Se establecía un régimen sancionador para quién incumpliese esas medidas. Se suspendían plazos procesales, administrativos, de prescripción y caducidad. Finalmente, se habilitaba al gobierno a dictar sucesivos decretos que modificasen o ampliasen todas estas medidas. Vistas en retrospectiva, a dos años de distancia de su puesta en marcha, las medidas continúan causando verdadero pavor.

La desmaterialización comportó cambios geográficos radicales, cuando el espacio físico se comprimió al máximo y el espacio digital, a través de la digitalización y la virtualización de prácticamente todas las actividades humanas, se expandió sin impedimentos, como única alternativa a la desmaterialización. La ciudad, espacio de máxima concentración de población, devino en un lugar desapacible. El contacto humano, excepto con los convivientes más cercanos, se convirtió en algo prohibido. Aparecieron las burbujas de aislamiento personal, segregación grupal y cerramiento geográfico. Burbujas cada vez más pequeñas y aisladas como consecuencia de los “cerramientos físicos y mentales a diferentes escalas” geográficas (Buzai, 2021), un proceso de atomización producto de las prohibiciones y el miedo pandémico. Se produjeron cambios en las fricciones, la minimización de los movimientos físicos que se sustituyeron por las conexiones digitales. Un gran experimento social global al que, de manera desafortunada, se le dio el horrible nombre de “distancia social”, sin que casi nadie advirtiera que hubiera sido mejor llamarle “distancia física”, solicitando a la ciudadanía que mantuviese prudencia en sus contactos personales sin necesidad de aludir a un concepto cuyo significado plantea la ruptura de los vínculos que unen a un grupo de personas y las hacen sociedad. Pantallas a toda hora y relaciones mediatizadas a través de aplicaciones digitales que

sustituyeron cualquier contacto personal y convirtieron el hogar en el espacio geográfico donde todo sucedía al mismo tiempo. Un “espacio todo”, confrontado al “espacio nada” de la calle, del territorio más allá de las cuatro paredes de cualquier estancia de la vivienda.

Con ello, llegó la ruptura de las fronteras entre las diferentes esferas vitales y los distintos tiempos de vida, la más evidente la de la vida privada y la vida profesional, ambas mezcladas en el mismo lugar y en el mismo momento, pero también otras que igualmente experimentaron las consecuencias de la desmaterialización. La frontera entre el comercio físico y el comercio digital, la frontera entre el dinero físico y el dinero digital. Todos ellos procesos que ya se encontraban en marcha dentro de la tendencia a la virtualización de todo que acompaña al capitalismo de la globalización (como ese Metaverso sobre el que Zuckerberg y otros monopolistas digitales predicán para su propio interés) y que la pandemia ha acelerado al situarlos como única alternativa posible ante las circunstancias sobrevenidas.

Precisamente, la desmaterialización ha sido utilizada por estas élites para acelerar una nueva transformación del capitalismo dentro de su lógica de sistema total. En esta situación han sido los leviatanes digitales (Google, Amazon, Meta, Apple, Microsoft. Los GAMAM o como queramos llamarles.) los que más han salido beneficiados. Mientras la mayoría de los comercios permanecían cerrados, estas empresas continuaron bien activas, vendiendo y distribuyendo sus productos como si nada ocurriese, asegurándose todavía más la posición de dominio que ya ostentaban, unos monopolios dañinos con un poder excesivo que debieran ser inmediatamente regulados (Khan, 2017). Todo ello, además, soportado legalmente por las legislaciones extraordinarias aprobadas en favor de la salud y controlado desde el tantas veces predicho panóptico bentiano digital, el capitalismo de la vigilancia en el que, se quiera o no, vive la humanidad (Zuboff, 2019).

Ante esta desmaterialización surgen dos preguntas clave. Por un lado, la que cuestiona si resulta posible la vida en ella, más allá de sus inconvenientes prácticos, más allá de estar sometido a vivir la vida tras una pantalla. Es decir, sin el contacto social que provoca el aislamiento y la desmaterialización, ¿es posible que exista la propia sociedad?, ¿es posible construirse como persona? En el entorno laboral, ¿es posible que existan verdaderos equipos de trabajo que compartan inquietudes, objetivos, ideas o conocimientos a través del contacto? En el entorno académico, ¿es posible que exista la relación profesor-alumno como ese vínculo educativo que relaciona a ambos, que surge a partir de la voluntad del docente por crear un ambiente didáctico motivador que permita al estudiante desenvolverse y desarrollarse como ser humano durante el aprendizaje, en el que se comparten experiencias y valores mediante, precisamente, esa relación personal? Por otro lado, la que cuestiona como debe ser la propia desmaterialización y ese proceso por la digitalización de todo. ¿Cómo debe hacerse? ¿Quién debe promoverlo, si es que tiene que llegar indefectiblemente? ¿Cómo deben garantizarse los derechos de las personas en ese nuevo contexto geográfico digital?

Al releer el Real Decreto que desmaterializaba el mundo vía la declaración del estado de alarma, es imposible no pensar, también, en la capacidad de adaptación del ser humano que, incluso ante las circunstancias más adversas, trata de sobreponerse y sobrevivir. Ni reflexionar sobre si tal habilidad, según las circunstancias, puede resultar positiva o negativa. Si esta misma habilidad será útil en las crisis futuras que con toda probabilidad aparecerán, o si será el mecanismo que se empleará para la aceptación acrítica de cualquier situación que pueda producirse y que nos “ayudará” a doblegarnos como hacen los juncos bajo la presión del fuerte viento, apelando a la resiliencia que tan convenientemente se cita cuando se trata que la ciudadanía de la sociedad positiva y del máximo rendimiento (Han, 2014) comulgue con piedras de molino.

#### 4. Deshumanización

Con la desmaterialización pandémica, el aumento exponencial de la tecnología que permite digitalizar casi todo y la virtualización llega la deshumanización. El hombre en este espacio digital que se expande y sustituye al espacio físico, pasa a un segundo plano y cede el protagonismo a las máquinas, a los algoritmos, a la robótica y a la inteligencia artificial. A todo este entramado tecnológico es al que, paradójicamente, delegamos aquello que nos caracteriza y nos hace humanos, nuestra inteligencia (Garcés, 2017). Esta delegación abre la puerta al sometimiento y la dominación del hombre por la máquina y hace aflorar la dicotomía entre humanos y robots. Mientras las máquinas se vuelven pretendidamente inteligentes (a algunas como Alexa, Siri, Cortana o el asistente de Google, las entrenamos nosotros mismos en su proceso de aprendizaje a medida que las usamos más y más) y ocupan los espacios humanos, estos, por el contrario, ven como se degradan sus condiciones de vida y viven como robots cuando trabajan bajo condiciones laborales como las que imponen las grandes corporaciones que, precisamente, buscan esa deshumanización en la relación con sus trabajadores (Pigem, 2021). Por ejemplo, mediante el uso de los algoritmos que definen tareas y miden rendimientos sin atender a ninguna otra circunstancia que no sea la productividad. Algoritmos que fueron concebidos, desarrollados y puestos en funcionamiento por humanos. No olvidemos este punto cuando haya quien alegue que si se despide a alguien es porque lo dijo un programa en un ordenador. En esta cuarta revolución industrial, la del tecnocapitalismo (o la del tecnofeudalismo, como denominan Varoufakis<sup>7</sup> o Durand<sup>8</sup> a esta enésima revisión del capitalismo bajo el impulso del cambio tecnológico digital), ese parece ser el papel que se le ha reservado al ser humano, el del sometimiento a la artificialidad que promueven las elites en su beneficio. La paradójica relación humano-máquina alcanza, quizás, su máxima expresión cuando los humanos deciden ir más allá de su propia humanidad, incorporando en su cuerpo dispositivos tecnológicos o intentando externalizar sus mentes a una computadora, en búsqueda de una supuesta inmortalidad transhumana.

---

<sup>7</sup> Véase <https://www.project-syndicate.org/commentary/techno-feudalism-replacing-market-capitalism-by-yanis-varoufakis-2021-06/spanish?barrier=accesspaylog>

<sup>8</sup> Véase Durand, C (2021). *Tecnofeudalismo. Crítica de la economía digital*. Kaxilda. San Sebastián.

El aumento exponencial de la tecnología digital trae consigo la aparición de la llamada *brecha digital* que separa a los ciudadanos en dos grupos, aquellos que son capaces de adaptarse a las nuevas condiciones tecnológicas y aquellos que no lo son o no pueden. Esta obsolescencia social programada<sup>9</sup>, una nueva forma de división social, comporta que esas personas que no son capaces seguir el ritmo tecnológico queden apartadas de un número cada vez más grande de situaciones en las cuales la tecnología resulta imprescindible. En España este sería el caso que concierne a las entidades financieras que, de unos años a esta parte, han optado por trasladar su operativa desde el mundo físico al mundo virtual, cerrando miles de oficinas y eliminando muchos de sus servicios presenciales. Consecuentemente, muchas poblaciones de pequeño tamaño o aquellas alejadas de núcleos urbanos, y con ellas sus habitantes, han dejado de tener acceso a todos estos servicios. Especialmente punzante es la situación en que esta estrategia ha sumido a la población de mayor edad que está quedando completamente apartada del mercado financiero, al carecer de las habilidades necesarias con las que afrontar el giro tecnológico-digital. Quizás alguien piensa en la sede corporativa de los bancos que unas míseras pensiones no valen el esfuerzo por mantener una mínima presencia en los barrios.

Otro aspecto relevante que se produce en la pandemia respecto de esta digitalización de todo y de la deshumanización que comporta este proceso en el marco de la desmaterialización, es que la misma tecnología que eclipsa la naturalidad, destruye el medio ambiente, reforma sociedades o automatiza la desigualdad, es la que nos permite sobrevivir, es decir, ofrece al unísono la posibilidad de alienar al ser humano y de permitir que continúe su desarrollo (Pigem, 2021). Esta paradoja obliga, nuevamente, a plantear la necesidad y la finalidad de este proceso de deshumanización, en el mismo sentido que ya ha sido mencionado con anterioridad y que implica que, en el caso que en comunidad se decida andar ese camino, se lleve a cabo la andadura con la reflexión y el equilibrio que aconseja el buen juicio. No es posible dejar que la hipotética transición sea llevada a cabo de espaldas a la ciudadanía y no contemple los desafíos colosales a que se enfrenta la humanidad en ese tránsito.

## 5. Desigualdad

La pandemia provoca una situación crítica que exacerba las desigualdades, las tensiones y los desacuerdos que caracterizan el actual sistema económico, político y social, poniendo de manifiesto el carácter sistémico de las mismas en el contexto del capitalismo neoliberal global vigente. Desde el minuto uno, las diferencias que genera entre los ciudadanos del mundo son bien perceptibles en todos los ámbitos.

Para empezar, por una cuestión puramente biológica relacionada con cada individuo, el virus no afecta a todo el mundo por igual. Hay quién pasa la enfermedad sin prácticamente síntomas y hay quién muere por su causa. Tampoco toda la humanidad puede vivir bajo la pandemia de la misma manera. Hay ciudadanos que pueden pasarla cómodamente en sus hogares y otros que no pueden,

---

<sup>9</sup> Véase [https://www.eldiario.es/opinion/zona-critica/obsolescencia-social-programada\\_129\\_8578474.html](https://www.eldiario.es/opinion/zona-critica/obsolescencia-social-programada_129_8578474.html)

ya sea porque viven en lugares con unas condiciones de habitabilidad deficientes o, simplemente, porque no tienen un lugar donde vivir. Hay personas que pueden continuar trabajando desde la distancia y otras que no. Los primeros con ocupaciones que se pueden adaptar a la nueva situación y a las condiciones que esta lleva asociada, la desmaterialización y la deshumanización entre otras. Los segundos exponiéndose al virus porque los trabajos que desempeñan necesitan obligatoriamente de la materialidad. Tales serían los casos del personal sanitario y de todas las personas dedicadas a las tareas vinculadas con los cuidados, que están en la primera línea de lucha contra la pandemia desde el primer momento, o el de los empleados del sector logístico, que suministran productos de todo tipo para que la vida en el mundo consumo (Bauman, 2010) pueda seguir su camino. Del mismo modo, hay gente que pierde sus puestos de trabajo y hay quien los conserva o hay niños que viven con familias con recursos suficientes para seguir sus clases virtuales y otros que no.

Respecto a la desigualdad de género, son las mujeres, que ya parten de una situación de desigualdad previa, las que más han visto afectadas sus condiciones de vida durante la pandemia. Los sectores económicos más afectados por la inactividad han sido los que más mujeres ocupan (servicios relacionados con el turismo, por ejemplo). También han estado más expuestas al virus en los ámbitos sanitarios (enfermería) y de los cuidados (residencias de ancianos) donde ocupan un gran número de puestos de trabajo o han tenido que asumir más tareas en los hogares durante los cerramientos (Comas-d'Argemir, 2021). Otra cuestión absolutamente relevante es la que hace referencia a la exposición de las mujeres a situaciones de violencia de género durante los confinamientos. Estas medidas extraordinarias han ofrecido a los agresores los mecanismos para ejercer el control sobre sus víctimas y, al mismo tiempo, han dificultado que las mujeres puedan escapar de dicho control (Lorente, 2022). Todos estos impactos identificados son mucho mayores en sociedades donde las condiciones de vida de las mujeres no son las de las sociedades donde la igualdad de género está más avanzada<sup>10</sup>. Porque, aunque el virus no hace distinciones e infecta a todo el mundo por igual, en las sociedades desiguales como las que caracterizan al capitalismo con esteroides de hoy en día, hay unos que se infectan más que otros (Ramonet, 2020). En la pandemia, son los desfavorecidos y los más vulnerables quienes padecen más.

Desde el punto de vista sanitario, uno de los ejemplos más significativos de la desigualdad en la época pandémica se puede advertir en la distribución y administración de las vacunas contra el propio virus, cuando estas no llegan a un gran parte de la población mundial. Si esta situación ya resulta intolerable para cualquier individuo que tenga el mínimo de empatía y se preocupe por las personas que continúan muriendo debido a que no han sido vacunadas, resulta todavía más difícil de comprender si se tiene en cuenta que esta situación abre la puerta a que continúen apareciendo variantes del virus en los países con menos porcentaje de vacunados y que desde ahí se extiendan y vuelvan a frenar la actividad generando un círculo vicioso sin fin (Torres, 2021).

---

<sup>10</sup> Véase <https://www.oxfam.org/es/cinco-motivos-por-los-que-las-mujeres-y-ninas-son-las-mas-perjudicadas-por-la-covid-19>

En este sentido el informe de Amnistía Internacional (AI) *Dosis doble de desigualdad. Las empresas farmacéuticas y la crisis de las vacunas contra la COVID-19*, señala que las grandes farmacéuticas productoras de vacunas contra la COVID-19 “han tenido un papel determinante en la limitación de la producción global de vacunas y en la obstrucción al acceso equitativo a un producto que salva vidas”. Pfizer/BioNTech y Moderna han asignado el 99% de las vacunas de su producción a países con ingresos altos y medios, mientras Moderna lo ha hecho con el 88% y Johnson & Johnson con el 79%. AstraZeneca, en cambio, sólo con el 34% (AI, 2021). Igualmente, los datos disponibles en *Our World in Data* a mediados de febrero de 2022 indican que tan solo el 10,6% de las personas que habitan en países con bajos ingresos han recibido al menos una dosis de la vacuna<sup>11</sup>, lo cual suponía que a finales de 2021 hubiese 3.500 millones de personas que no habían recibido su primera dosis (Pai, 2021). Esta situación debería llevar a formular la pregunta de si es moralmente aceptable que los ciudadanos del primer mundo continúen recibiendo dosis adicionales de la vacuna, mientras que el resto de los habitantes del planeta no reciben ninguna.

Desde la perspectiva económica, como ya se ha mencionado con anterioridad, la pandemia ha tenido efectos sobre el mercado laboral y sobre la demanda y la oferta. Respecto de la primera cuestión, la relativa a la pérdida puestos de trabajo, en España en el año 2020 la ocupación descendió en 622.000 personas y el PIB cayó un 10.8% (INE, 2021a). Aunque la pérdida se atenuó gracias a las medidas arbitradas por el gobierno español, fundamentalmente los Expedientes Reguladores Temporales de Empleo (ERTE) y a principios de 2022 parece que retoma el camino de la recuperación (INE, 2022), la situación del mercado laboral continua estando caracterizada por una altísima temporalidad en los contratos y una duración de estos muy limitada, a la espera que la reciente reforma laboral aprobada por el gobierno pueda, eventualmente, cambiar esa situación.

En cuanto a la crisis de demanda, a diferencia de lo que sucedió durante la crisis de 2007-2008, las soluciones de los gobiernos y de los bancos centrales para contrarrestarla han sido la de endeudarse o la de crear nuevos medios de pago. El endeudamiento generalizado repercutirá en todas las economías y sobre la ciudadanía cuando se tenga que hacer frente a los gastos derivados de estas estrategias, obteniendo nueva liquidez mediante la subida o la creación de nuevos impuestos y tasas o aplicando recortes en el gasto social y el estado del bienestar, a no ser que se arbitren mecanismos para la reestructuración de la deuda o quitas.

Sobre la crisis de oferta, consecuencia de la insuficiente disponibilidad de bienes y servicios (materias primas, bienes intermedios, combustibles, energía, servicios logísticos, bienes de consumo), las tensiones ya son bien visibles con la escasez de productos, las subidas de precios y el aumento desbocado de la inflación (situaciones que se intensifican a raíz de la guerra en Ucrania). Para revertir estas situaciones, los bancos centrales y sus responsables recurren habitualmente a la subida de los tipos de interés, las cuales ya se anuncian abiertamente y se aplican desde la Reserva Federal

---

<sup>11</sup> Véase <https://ourworldindata.org/covid-vaccinations>

estadounidense<sup>12</sup> y el Banco de Inglaterra<sup>13</sup>. Estos mecanismos correctores acaban comportando dificultades crecientes de financiación para las empresas, las cuales acaban compensándolas, disminuyendo la producción y, consecuentemente, disminuyendo la ocupación<sup>14</sup>.

En cuanto al comercio, excepto quizás el de los suministros más básicos (alimentación), su transformación hacia entornos digitales se ha acelerado, para beneficio de tantos gurús tecnológicos que han visto como sus beneficios, ya obscenos previamente, se han multiplicado hasta el infinito (Oxfam, 2022), poniendo de nuevo de manifiesto que cuando llega una crisis siempre hay unos pocos que se benefician, mientras que la mayoría de la población sufre las consecuencias de esta. Como ejemplos de esta desmesura, cabe destacar que la revista económica *Forbes* a fecha de 30 de noviembre de 2021 destacó que la riqueza de los diez hombres más ricos del mundo (Jeff Bezos, Elon Musk, Bernard Arnault, Bill Gates, Larry Ellison, Larry Page, Sergey Brin, Mark Zuckerberg, Steve Ballmer y Warren Buffet) se había incrementado en 821.000 millones de dólares desde marzo de 2020. En España, los 23 españoles más ricos habían incrementado sus patrimonios en 27.900 millones de dólares desde la misma fecha. La fortuna de Elon Musk se incrementó entre 2020 y 2021 en 267.800 millones de dólares (un 1016%), llegando a los 294.200 millones de dólares. Si se gravara esta cantidad con un impuesto del 99%, Musk todavía dispondría de 2.942 millones de dólares y continuaría siendo milmillonario<sup>15</sup>.

El verdadero problema de esta desigualdad es que no sólo afectará a las generaciones que están padeciendo directamente la crisis pandémica, sino que también tendrá efectos sobre las venideras, generando el círculo vicioso que comporta desigualdad de oportunidades y de resultados, perpetua la división social y hace que el ascensor social sólo funcione de modo ascendente para los más privilegiados. Debe quedar meridianamente claro que la desigualdad no sólo es intolerable, sino que también es insostenible. Es el desafío más importante que una sociedad puede tener ante sí misma, si lo que se desea es que esta sociedad sea digna de ser denominada como tal y que la vida de las personas que forman parte de ella pueda ser verdaderamente plena (Therborn, 2015).

## 6. Desencanto

La superposición de todas estas vicisitudes desemboca en la aparición del desencanto de la sociedad con un mundo que se muestra hostil. El desencanto con la desigualdad que interfiere en las vidas, que causa regresión y desvinculación social, que busca reestructurar las relaciones sociales en favor

---

<sup>12</sup> Véase <https://www.federalreserve.gov/newsevents/pressreleases/monetary20220316a.htm>

<sup>13</sup> Véase <https://www.bankofengland.co.uk/monetary-policy-summary-and-minutes/2022/february-2022>

<sup>14</sup> Véase [https://www.eldiario.es/economia/yolanda-diaz-gustaria-decir-no-tesis-afectar-empleo\\_1\\_8839774.html](https://www.eldiario.es/economia/yolanda-diaz-gustaria-decir-no-tesis-afectar-empleo_1_8839774.html)

<sup>15</sup> Véase [https://www.eldiarioar.com/mundo/elon-musk-jeff-bezos-ocho-hombres-ricos-mundo-duplicaron-patrimonio-ingresos-99-poblacion-mundial-deterioraron-covid\\_1\\_8663683.html](https://www.eldiarioar.com/mundo/elon-musk-jeff-bezos-ocho-hombres-ricos-mundo-duplicaron-patrimonio-ingresos-99-poblacion-mundial-deterioraron-covid_1_8663683.html)

de un grupo social particular (Bihl, 2019), para satisfacer los intereses de las clases que originan esa desigualdad (Navarro, 2019).

El desencanto con la política y su superficialidad, con su poca claridad, con sus incongruencias, con sus contradicciones, con su corrupción. La política que busca el voto y, una vez conseguido, da la espalda a los electores provocando el distanciamiento de la ciudadanía y los que se instalan en el poder, lo cual conduce a la ruptura de los vínculos entre la élite política y la población y aboca a la crisis de representación que es patente hoy en día (Bauman, 2017).

El desencanto con la posverdad, la renovada mentira de toda la vida, que se torna más presente que nunca cuando los *hechos alternativos*<sup>16</sup> se antepone a los hechos verdaderos y la distinción entre ambos deja de existir. Cuando el cinismo rampante equipara moralmente a los que difunden el odio y a los que están contra él<sup>17</sup>. La falsedad se apodera del discurso público sin contemplaciones, ni remordimientos de ningún tipo, ayudados por una parte de la prensa que ha olvidado cual debería ser su papel en una democracia, que no es otro que informar con veracidad. En lugar de eso, lo hace tomando parte, subsumiendo a lectores, oyentes o televidentes en la superficialidad y en el espectáculo mediático que proporcionan opinantes y todólogos para los que demasiado a menudo “no hay hechos, sólo interpretaciones” (Ferraris, 2012), saturándolos con información irrelevante que busca, por una lado, la manipulación del oyente y la generación de un estado de opinión y, por otro lado, la inmediatez y las cuotas de audiencia en un contexto mediático dominado por grandes empresas que, salvando algunas honrosas excepciones existentes que caminan contracorriente, se concentran en generar el relato que convenga a sus intereses a cada momento. Al papel partidario de algunos medios de comunicación tradicionales, se suma el de las redes sociales que añaden más ruido con sus mensajes pensados para, precisamente, la viralidad. La difusión planetaria inmediata de contenidos concebidos para el consumo rápido que no dejan ni espacio, ni tiempo para la reflexión crítica, pensados para emocionar a los usuarios y no para mantenerlos informados y, de paso, “difundir masivamente un sentimiento general, una interpretación dominante sobre cualquier tema” a base de *likes* (Ramonet, 2022).

En esta situación, la víctima más evidente es, precisamente, esa misma democracia que se muestra cansada al ser maltratada a toda hora en un entorno embrutecido que parece abogar efusivamente por su desmantelamiento. Es en este momento, aprovechando el terreno abonado, cuando aparecen en escena los nuevos salvapatrias con sus manifestaciones inflamadas, sus falsedades y sus promesas

---

<sup>16</sup> En referencia a la frase que Kellyanne Conway, consejera del presidente norteamericano Donald J. Trump, pronunció en una entrevista con la cadena de televisión norteamericana NBC en enero de 2017.

Véase [https://es.wikipedia.org/wiki/Hechos\\_alternativos](https://es.wikipedia.org/wiki/Hechos_alternativos) y <https://www.youtube.com/watch?v=VSrEEDQgFc8>.

<sup>17</sup> En referencia a las declaraciones del presidente norteamericano Donald J. Trump en relación a los enfrentamientos entre supremacistas blancos y manifestantes contrarios ocurridos en la ciudad de Charlottesville (EE.UU) en agosto de 2017. Véase <https://www.youtube.com/watch?v=JmaZR8E12bs>

populistas que nunca cumplirán. Aquellos que dicen lo que el discurso socialmente avanzado e integrador no dice. Aquellos que se rebelan contra los avances que las luchas antirracistas, las luchas feministas, las de los inmigrantes, las de los antifascistas o las del mundo del trabajo han conseguido en los últimos años. Aquellos que sin ninguna limitación articulan un discurso racista, misógino, xenófobo y ultranacionalista.

Aquellos que apelan a la fuerza del estado para resolver cualquier problema y al mismo tiempo reniegan de este tipo de organización política. Que denuncian la corrupción que impera en todas partes, aunque en muchos casos ellos mismos forman parte de ella (Castells, 2018). Ese ur-fascismo, el fascismo eterno (Eco, 2018)<sup>18</sup> cuyos rasgos vemos reaparecer en la actualidad para horror de algunos. Rasgos sobre los que Adorno (Adorno, 2020)<sup>19</sup> nos advirtió hace años, acerca del grandísimo peligro que supone llegar a estas encrucijadas. Un radicalismo de derechas regresivo que existe porque continúan existiendo las condiciones sociales que lo generan. Unas condiciones que tienen que ver con la tendencia a la acumulación desigual del capital que ha creado el desarrollo neoliberal a lo largo de los años, que ocasiona el desclasamiento de una parte de la sociedad, concretamente la de aquella a la cual no es posible acumular y que ve como la situación de desequilibrio que se genera, comporta la degradación de sus condiciones de vida. Un radicalismo que es capaz de apropiarse de las ideas y de los discursos que propusieron sus antagonistas<sup>20</sup>. Parece como si nadie hubiera escuchado sus advertencias, como si nadie recordase sus palabras. Mientras tanto, el monstruo se va abriendo camino aprovechando que el potencial del desencanto continua presente en esa parte de la sociedad. Aprovechando el blanqueo al que se le somete, el lavado que se le aplica desde algunos partidos políticos y una parte de la prensa desnortada que consideran adecuado y provechoso para sus intereses alimentar a la bestia si con ello consiguen restaurar lo que consideran que han perdido, su hegemonía. Una guerra cultural que busca poner este relato reaccionario en el centro del debate con el objetivo de cambiar la sociedad hacia lo que las élites consideran adecuado para sus intereses que nada tienen que ver con los intereses comunes.

## 7. Desasosiego

Si las primeras etapas de la pandemia se caracterizaron por la unión y la solidaridad, que unas veces se expresaban espontáneamente con aplausos a los trabajadores de la sanidad en un ritual colectivo entusiasta que mostraba un atisbo de esperanza y que se compartía un objetivo común y otras eran promovidas desde las instancias oficiales (en España, el gobierno usó mensajes motivacionales como ¡Entramos juntos y vamos a salir juntos como país!, ¡Este virus lo paramos unidos!), con el paso del

---

<sup>18</sup> Esta publicación recoge la conferencia impartida por Umberto Eco el 25 de abril de 1995 en la Universidad de Columbia.

<sup>19</sup> Esta publicación recoge la conferencia impartida por Theodor W. Adorno el 6 de abril de 1967 en la Universidad de Viena.

<sup>20</sup> Véase <https://blogs.publico.es/dominiopublico/44525/saprofagia/#md=modulo-portada-fila-de-modulos:4x15-t1;mm=mobile-medium>

tiempo y el alargamiento de las medidas restrictivas vinculadas con los confinamientos, la unidad, quizás más aparente que real, empezó a perder fuerza. Se comenzaron a advertir las divisiones, las discrepancias, el abatimiento y el desasosiego que debilitaron la posición de lucha contra la pandemia.

Las divisiones y discrepancias aparecieron en todas las esferas sociales y políticas, hasta llegar a puntos sorprendentes como la manifestación que protagonizaron los residentes del barrio de Salamanca en Madrid (una zona con la renta media anual por hogar más alta de España, cercana a los 90.000 €), que al grito de “¡Libertad!” salieron a la calle, jaleados por la presidenta de esa Comunidad Autónoma, para protestar en contra de las medidas tomadas por el gobierno español que consideraban perjudiciales para sus intereses, en una nueva escenificación de lo que se ha denominado la emancipación de los ricos, el proceso que separa definitivamente a esta clase social del resto de la sociedad.

El abatimiento y el desasosiego también aparecieron en escena como estados de ánimo pandémico finales, resultado de una situación de agotamiento en la cual la incertidumbre acabó siendo la única certidumbre y la acumulación de adversidades produjo un efecto de saturación en la ciudadanía. La inquietud por no saber que podía deparar el futuro, por el aislamiento forzado, por el desamparo y la desesperanza sentidas ante la adversidad.

Este momento del “no future”, se aparece ante las personas como un muro infranqueable y causa malestar físico y psíquico ante la imposibilidad de “ocuparse e intervenir en las propias condiciones de vida” (Garcés, 2017), ante la pérdida fundamental de la autonomía personal, que viene impuesta por la expansión de un virus y por las normativas aprobadas desde los gobiernos para combatirlo. La pérdida de sentido vital aboca al nihilismo, cuando nada parece funcionar y la idea que el paso del tiempo y el avance de la historia nos conduce automáticamente a un progreso, se desvanece (Gabriel, 2021).

Una de las expresiones del desasosiego es el deterioro de la salud mental de las personas, que a lo largo de la pandemia ha empeorado sostenidamente, desde un estado inicial que ya no era bueno. La Encuesta Europea de Salud en España 2020 (EESE 2020) que elabora el Instituto Nacional de Estadística (INE), indica en referencia al estado de salud mental autopercebido que el porcentaje de población con sensación de estar decaído aumentó hasta el 21% durante la pandemia respecto de la cifra previa a la pandemia que era del 18,2%. El incremento, además, fue mayor en mujeres que pasaron del 22,5% hasta el 26,9% durante este periodo, mientras que los hombres lo hicieron desde el 13,6% al 14,8%. El descenso de la falta de interés y el aumento de personas con sensación de decaimiento afectó a todos los grupos de edad y, igualmente, se incrementó el número de personas con dificultades para dormir desde el 19,2% al 21,2% (INE, 2020).

De las muchas consecuencias que comportan este deterioro de la salud mental destacan, en el caso de España, especialmente dos. Por un lado, el aumento en el consumo de ansiolíticos e hipnóticos que ha pasado de las 86.935 dosis diarias definidas por 1.000 habitantes y día registradas en las recetas oficiales en el año 2019, a las 93.046 en el año 2021, lo cual supone un incremento de 6.111 dosis y un 7% en dos años. Desde el año 2010, sólo existe un aumento similar al acontecido durante la pandemia entre los años 2012 y 2014. En ese periodo, el peor de la crisis económica en España, se pasó de las 82.019 dosis a las 87.078 dosis, lo cual supuso un incremento de 5.059 dosis y un 6,2% (AEMPS, 2021). Los especialistas médicos atribuyen este crecimiento a la intensificación de “los trastornos de ansiedad y cuadros depresivos, así como de situaciones de insatisfacción familiar y social” y lo vinculan con la pandemia durante la cual “se ha observado un aumento de ansiedad y depresión en la población adulta, y llamativamente un aumento de urgencias en adolescentes, autolesiones y trastornos de la conducta alimentaria”<sup>21</sup>. Por otro lado, el aumento de suicidios que en el año 2020 se mantuvieron como primera causa externa de muerte con 3.941 fallecimientos, lo que representa un 7,4% más de casos que en 2019 (INE, 2021b). ¿No resulta llamativo que ante las situaciones desesperadas que experimenta la población siempre se acabe recurriendo a tratar los efectos de estas y no sus causas? ¿Esta circunstancia se debe al hecho que estos cuadros depresivos son considerados algo económicamente indeseable desde la perspectiva capitalista que promueve siempre el máximo rendimiento? ¿No sería más conveniente cambiar aquellos elementos del sistema que causan desasosiego en lugar de atiborrarnos a pastillas?

Estas preocupantes estadísticas, que no hacen sino aumentar cada año, ocuparán momentáneamente todas las portadas hasta que sean normalizadas por la sociedad y, consecuentemente, sustituidas en los titulares por alguna otra noticia a la que convenga prestar atención. Eso comportará únicamente la desviación del foco de atención, no la resolución de la situación que se extiende sin parar, como un movimiento de fondo de la sociedad disfuncional en que vivimos y que es un reflejo de que “esto no va” (Garcés, 2017).

## 8. La vida en el viroceno

El viroceno es la época que ahora empezamos a vivir (Fernando, 2020a). Se inaugura con la llegada de la COVID-19, como el momento en que la sucesión de crisis superpuestas pone de manifiesto de una manera evidente las vulnerabilidades sociales y ecológicas a que está expuesta la humanidad. En cierto modo, la aparición del coronavirus nos muestra que no es posible vivir como vivimos. Esta etapa, en que lamentablemente el pesimismo está bien fundamentado, está caracterizada por las carencias, las desigualdades, las inseguridades y las ansiedades que genera el sistema capitalista neoliberal y sus actividades agresivas de expansión y crecimiento a toda costa, un sistema que se muestra incapaz de ofrecer una respuesta a los desafíos actuales. Probablemente podríamos emplear

---

<sup>21</sup> Véase <https://gacetamedica.com/investigacion/la-pandemia-y-el-colapso-de-atencion-primaria-aumenta-el-consumo-de-ansioliticos-e-hipnoticos/>

otro nombre para denominar este particular inicio de siglo XXI, pero aquello que lo caracterizaría difícilmente sería distinto a lo expuesto.

En este periodo, el ser humano es directamente interpelado sobre la manera en que debe desarrollar su vida. En su horizonte vital, el futuro se le aparece como una encrucijada ante la que debe decidir qué dirección tomar. Por un lado, tiene la posibilidad de seguir aquella que le lleva por un camino similar al que ha andado hasta hoy en día y cuyo final ha sido anticipado y descrito reiteradamente. Es un camino que avanza hacia una sociedad en que las 5D muestran su peor versión. Una sociedad totalmente desmaterializada en la que impera el individualismo y no es posible crear comunidad mediante los vínculos que genera el contacto social. Una sociedad deshumanizada, sometida al algoritmo y la artificialidad de cualquier Oasis<sup>22</sup>. Una humanidad desigual, desencantada y desasosegada, sin ninguna capacidad crítica que, de existir, será perseguida y penalizada. Sumida en una crisis medioambiental sin parangón, en el contexto de un planeta finito donde los recursos limitados se agotan progresivamente como consecuencia de un consumo que crece constantemente y parece no tener límites. En un contexto social donde la injusticia está más presente que nunca y la desigualdad se enquistada como si fuera algo inevitable, natural, cultural o inherente al proceso civilizatorio cuando, en realidad, es el resultado de las voluntades de largo recorrido y la manifestación de las estructuras sociales subyacentes en los ámbitos político y económico “que se cuidan, sobre todo, de favorecer los intereses económicos de las grandes empresas y los más ricos” (Fontana, 2019) e imponen la lógica económica por encima de la lógica del bien común, estableciendo leyes y regulaciones que benefician los intereses de las elites plutocráticas y actúan en contra de las políticas de redistribución que buscan reducir las diferencias en favor de un mayor bienestar social. Un sistema en el cual la representatividad de la ciudadanía está en manos de políticos en crisis permanente, más preocupados por la gestión, la apariencia o el propio beneficio que por desarrollar una idea de sociedad futura cuyo objetivo sea el bienestar de la ciudadanía en un contexto de progreso moral y ético que conduzca a la existencia de personas autónomas, libres, reflexivas y con la capacidad crítica suficiente para identificar y señalar las cosas que no funcionan. Una sociedad expuesta a la regresión democrática que supone el fascismo, aquel que nunca dejó de existir y que ahora, aprovechando el desencanto que causan las disfuncionalidades del sistema, vuelve a resurgir recuperando el protagonismo que tuvo en tiempos pasados que para nada fueron mejores.

La otra dirección lleva por un camino que supone una profunda transformación. Se trata de un pasaje a hacia algo nuevo que pretende ser mejor. La propuesta de andadura comienza con un análisis detallado de lo que el ser humano está haciendo en estos momentos con su vida y la de los otros seres vivos en el planeta y continúa con el reconocimiento de que las cosas no funcionan tal y como lo están haciendo ahora. En este proceso analítico, se identifican las múltiples tensiones que ponen en cuestión todo el sistema desde todos los puntos de vista y se promueve un replanteamiento completo acerca de la manera en que vive el ser humano, en la forma en que desarrolla su existencia en el mundo

---

<sup>22</sup> En referencia al metauniverso que describe la obra Ready Player One de Ernest Cline.

porque, tal y como la está llevando ahora a cabo, supone una amenaza existencial para él mismo, el resto de las especies y el espacio que todos ocupan.

A partir de este escenario en el que se produce el reconocimiento del error que supone vivir como se vive, las propuestas de cambio que se articulan son diversas, pero, en cierto modo, coincidentes en cuanto al análisis que efectúan y a las alternativas que proponen. Gabriel (Gabriel, 2021), por ejemplo, propone en primer lugar esa observación de las cosas que está haciendo y dejando de hacer la humanidad. Designa estas cosas que hace o deja de hacer el ser humano como “hechos morales”, entendidos como “exigencias que afectan a toda persona y definen los criterios con los que hay que valorar nuestro comportamiento”. En función de esta premisa, este autor argumenta que los actos que lleva a cabo toda persona pueden ser clasificados en tres grupos básicos: actos buenos, actos malos y actos neutros. Estos tres tipos de actos representan para este autor “valores éticos de validez universal” y, por lo tanto, permiten no sólo saber que cosas debemos hacer (los actos buenos) sino, también, las que no debemos hacer (los actos malos) y, además, que cosas no son ni lo uno, ni lo otro (los actos neutros). La característica fundamental que estos valores es que son universales y objetivos y como tales pueden aplicarse universalmente y sin carga de subjetividad. No dependen del “grupo humano al que se pertenezca, ni del momento histórico en el que nos encontremos, ni de la cultura, el sexo, la clase social o la etnia”, ni que “una mayoría de la humanidad las reconozca” o de la opinión de cualquiera. Son independientes de todo ello porque se sitúan como valores a priori que utilizamos para saber si lo que hacemos es correcto o no lo es.

En base a esta argumentación y la identificación de los problemas contemporáneos existentes, exacerbados durante la crisis pandémica e ilustrados en este texto a través de las 5D, lo deseable sería llevar a cabo actos buenos o, en su defecto, actos neutros, pero nunca actos malos. Descartar esta opción implica el reconocimiento de la idea de límite, es decir, de la existencia de límites morales y éticos vinculados a aspectos económicos, políticos, sociales o ecológicos que en el contexto capitalista neoliberal se han ignorado reiteradamente y que deben ser recuperados y respetados en el nuevo contexto propuesto que pretende mejorar la vida de las personas en el planeta. Para andar ese camino de la bondad de los actos, la propuesta de Gabriel (y la de otros autores y autoras, por ejemplo, Todorov, 2014; Garcés, 2017) aboga por volver a la “luz de la razón y de la comprensión moral”, es decir, centrar nuestro interés en la recuperación de los principios ilustrados (razón, verdad, universalidad, humanidad, libertad de pensamiento, capacidad crítica, educación, autonomía personal, igualdad, laicismo) que han configurado la sociedad occidental desde el siglo XVII, dejando de lado el relativismo de la postmodernidad que rechaza la existencia de las verdades y de los hechos objetivos, circunscribiéndolo todo al ámbito de las opiniones. El objetivo de esta propuesta de retorno a estos principios no debería ser, únicamente, el de la mera recuperación de ellos, lo cual resultaría retrotópico (Bauman, 2017), pues el pasado, aunque puede servirnos como referencia y orientación, es precisamente pasado y como tal está agotado, sino su actualización al contexto histórico actual caracterizado, como se ha señalado anteriormente, por las situaciones de crisis ambiental, crisis de recursos, crisis demográfica, crisis política, crisis económica y crisis social.

Desde este punto de partida que supone la aceptación de estos valores ilustrados, deberían explorarse nuevos modelos de organización social que cambien las defectuosas relaciones existentes que protagoniza el ser humano, de modo que sea posible hacer frente a las crisis que sucesivamente se producen y se producirán (Fernando, 2020b). Este proceso de transformación debería tener como objetivo el “establecimiento de unas reglas de juego de cooperación internacional orientadas de acuerdo con criterios morales universales, porque como humanidad no podemos entrar en una competencia mutua y contra el resto de la naturaleza” (Gabriel, 2021) que nos lleve al colapso definitivo y, en el peor y más extremo de los casos, a nuestra extinción.

Este nuevo marco civilizatorio debería permitir que nos apartáramos del abismo al que la superposición de crisis, producto del pensamiento neoliberal que ha promovido el crecimiento económico basado en la utilización inmoral del progreso científico y tecnológico a costa de la sostenibilidad planetaria y el bienestar de las personas, está abocando a la humanidad. Un pensamiento que fía todo a la mano invisible del mercado y que propugna que el bienestar social se alcanzará si cada cual se preocupa de su propio interés y se deja a los mercados actuar sin supervisión o control alguno, porque serán capaces de autoregularse ya que los individuos que los forman tomarán las mejores decisiones para que la población alcance el máximo bienestar. Estas creencias, a tenor de las experiencias vividas en este inicio de siglo, resultan no totalmente erróneas, sino ofensivas y no soportan un mínimo escrutinio objetivo y racional. La autoregulación de los mercados no existe bajo el paraguas del neoliberalismo sin límites morales y éticos cuyos constantes errores acaba pagando la sociedad cuando las pérdidas y daños que causa deben ser asumidos por los estados que, una y otra vez, acuden a salvarlo (de hecho, a salvar a las personas que defienden a ultranza esta manera de funcionar) cuando se encuentra en un callejón sin salida que él mismo ha provocado. Los rescates bancarios que se produjeron a lo largo y ancho de todo el planeta durante la crisis de 2008 son una muestra palpable de ello. Mientras los hubo, los beneficios se mantuvieron en privado. Cuando llegaron las pérdidas, estas tuvieron que ser asumidas la sociedad. Todo individuo debería conocer la gravedad de la situación a que nos ha llevado esta manera de concebir la vida humana. La toma de consciencia es imprescindible para el cambio.

La formulación de este nuevo contrato social, si deseamos usar este concepto clásico como referencia, debería centrarse en avanzar hacia mayores niveles de solidaridad, de igualdad, de respeto, de integración social, de justicia social y ambiental, de fiscalidad justa, de redistribución de la riqueza, todo ello con el objetivo de conseguir un reequilibrio social justo y recuperar para todas las personas una existencia plena y, especialmente, autónoma, pues es la autonomía del individuo la que verdaderamente confiere la libertad personal. Todo ello construido desde la comunidad, pensando y debatiendo juntos de manera crítica este nuevo marco, pues sin la oportuna reflexión resultaría imposible conseguir el propósito indicado y asumir los cambios que de él se derivan siendo más sabios, en vez de más ignorantes. Precisamente, esta capacidad crítica es la que muchas veces ha estado ausente y se ha echado de menos durante la pandemia. Por ejemplo, cuando se aceptaban sin

debatir las propuestas que los virólogos o epidemiólogos planteaban y los responsables políticos aplicaban para hacer frente a la expansión de la enfermedad. Incluso en este caso, existiendo un bien fundamental superior como es proteger la vida de las personas más vulnerables afectadas por el virus, no se puede soslayar el escrutinio crítico si verdaderamente se desea avanzar.

Si en el avance por el camino del cambio necesario se va más allá de la teorización hasta ahora expuesta y se observan alternativas concretas es posible encontrar diversas propuestas formales. Por ejemplo, desde el ámbito de la economía y sin abandonar el marco del propio capitalismo, Atkinson (Atkinson, 2015) defiende en su modelo el papel del estado en todo el proceso de reformulación social en cuanto a su capacidad para reducir las desigualdades mediante mecanismos que incluyan el establecimiento de un sistema verdaderamente progresivo de impuestos, que aumente las tasas sobre los ciudadanos que más tienen y, consecuentemente, equilibre el sistema de redistribución de rentas; la estructuración de mecanismos de provisión de rentas destinadas a la ciudadanía que se encuentra en peor situación (renta para la infancia, renta de ciudadanía, herencia universal); la actuación del estado como ocupador de último recurso y el establecimiento de un salario mínimo suficiente, adecuado al contexto económico de cada sociedad que haga posible el desarrollo completo de la vida de la ciudadanía; el control del cambio tecnológico desde el ámbito público, de manera que se prioricen los avances que mejoren la ocupabilidad de los trabajadores, enfatizando el lado humano de la provisión de servicios; la construcción de un marco legal que permita a los trabajadores recuperar la defensa de sus derechos a través de las organizaciones sindicales.

Piketty (Piketty, 2014, 2019) propone, igualmente, el establecimiento de un sistema de impuestos verdaderamente progresivo y que recaude más de aquellos que más tienen, el control del derecho a voto de los accionistas de las grandes empresas de manera que sus decisiones tengan en cuenta el impacto social que provocan, una igualdad más grande en el sistema educativo que permita el acceso a todos los niveles formativos a toda la ciudadanía, la actualización de las reglas del mercado global que regulen la actual libre circulación del capital, un pago estatal para todos los ciudadanos (“herencia para todos”) como un paso más hacia un sistema de acceso universal a bienes y servicios públicos fundamentales (educación, sanidad, pensiones, ingreso ciudadano), la redistribución de la riqueza ahora extremadamente concentrada en unas pocas manos.

Si a estas propuestas de carácter eminentemente economicista se añade la cuestión ambiental, que contemple el sistema-tierra en el nuevo proyecto colectivo para el siglo XXI, se encuentra la propuesta de Raworth (Raworth 2012, 2017) que propone el concepto de “economía donut” para referirse a este enfoque integrador al que nos referimos. Este enfoque contempla, por un lado, la identificación de los elementos esenciales que deberían permitir a las personas conseguir una vida plena, segura y justa en su contexto social. Estos serían: equidad social, equidad de género, salud, alimentación, agua, ingresos, educación, resiliencia, participación, trabajo y energía. Por otro lado, establece las limitaciones ecológicas globales existentes y que no pueden ser superadas. A saber: cambio climático, consumo de agua, ciclos del nitrógeno y del fósforo, acidificación de los océanos, contaminación

química, emisión de aerosoles a la atmósfera, agotamiento de la capa de ozono, pérdida de la biodiversidad y cambios en los usos del suelo. Las condiciones óptimas de vida, lo que la autora denomina como el “espacio seguro y justo para la humanidad”, que permitiría un desarrollo sostenible e inclusivo, se daría en aquellas circunstancias en que fuera posible alcanzar los elementos esenciales mencionados respetando las limitaciones ecológicas y ambientales, mediante una economía regenerativa cíclica y distributiva que compaginase derechos y sostenibilidad

Por su parte, Mazzucato (2021), va un paso más allá y plantea un mecanismo concreto para llevar a cabo el cambio que, como el propio nombre de su obra indica, debe ser entendido como una guía práctica. Tomando como referencia la misión espacial Apolo que la NASA llevó a cabo a finales de la década de los años 1960 y los procedimientos que se establecieron en la misma para conseguir el objetivo final de llevar un ser humano a la superficie de la Luna, propone, en primer lugar, identificar los grandes desafíos que existen hoy en día (hace una referencia concreta a los diecisiete objetivos de desarrollo sostenible de la Naciones Unidas). A continuación, una vez identificados, señala la necesidad de establecer una agenda política y obtener un compromiso cívico (enfatisa especialmente la cuestión de la participación ciudadana) al respecto de tales retos para, seguidamente, diseñar lo que denomina “misiones”, es decir, programas específicos que confronten dichos problemas mediante un proceso de innovación intersectorial con la intervención de actores públicos y privados. Finalmente, el último paso de este método propone el desarrollo de proyectos concretos que resuelvan los desafíos. Para conseguir este proceso, propone reformular el papel de los gobiernos estatales, repensando las competencias y las capacidades que tienen ahora, dotándolos de los mecanismos, instrumentos y estructuras necesarios para que dispongan de las herramientas para actuar cuando sea necesario en áreas cruciales, por ejemplo, en la capacidad productiva, en las competencias de contratación, en las colaboraciones público-privadas para que estas sirvan genuinamente al interés público, desarrollando el ámbito digital y de los datos al mismo tiempo que se protege la privacidad y la seguridad de los mismos. La autora menciona, adicionalmente, casos concretos que se están llevando a cabo mediante esta metodología en la Unión Europea

Estas cuatro alternativas mencionadas confrontan problemas existentes y proponen cambios adecuados. Su buena intención queda fuera de toda duda. La coincidencia en el análisis que hacen los expertos y las propuestas que ponen sobre la mesa respecto a la necesidad de llevar a cabo cambios fundamentales son coherentes y están bien argumentadas, sostenidas por años de experiencia y estudios acerca de la situación en que se encuentra la humanidad y la encrucijada hacia la que se encamina. Ahora bien, todas ellas están formuladas sin abandonar el marco del sistema capitalista y, por lo tanto, despiertan una duda que es necesario considerar: ¿es posible efectuar el cambio necesario desde, precisamente, el interior de este sistema, mediante una reforma más o menos intensa del mismo, sin abandonar su marco conceptual y práctico, únicamente ajustando las disfunciones que tan patentes resultan hoy en día? ¿Es posible, por ejemplo, continuar hablando de crecimiento o desarrollo sostenible o es mejor que se reconozca que tal vez esta idea es una contradicción en sus propios términos, un oxímoron inalcanzable si no se abandona el marco de pensamiento en el que

nos sitúa el sistema actual? ¿Son necesarios replanteamientos más profundos que abandonen el marco conceptual actual y se planteen la posibilidad de consensuar el establecimiento de sistema social distinto y una relación con el sistema ecológico que implique el decrecimiento?

### 9. Reflexiones finales

La pandemia que ha sacudido el planeta en los últimos dos años ha puesto a la humanidad cara a cara con la multitud de desafíos que le acechan. Además de las alteraciones que la llegada del virus ha provocado en todos los ámbitos vitales de las personas, la expansión planetaria de la COVID-19 ha demostrado que es necesaria una reformulación del modo de vida actual en el sistema interconectado en el que habitamos, sometido en exceso a una espiral que no tiene tener fin, la de explotación de los recursos y el crecimiento sin límites en el marco de un sistema económico hiperacelerado que durante los últimos cuarenta años ha mostrado su peor cara. Una espiral en que la desmaterialización, la deshumanización, la desigualdad, el desencanto y el desasosiego están demasiado presentes, como también lo están la pobreza, el racismo, la violencia contra las mujeres o el fascismo que, en realidad, siempre estuvo presente, quizás adormecido, esperando la nueva oportunidad que ahora se le brinda en este sistema disfuncional.

En el nuevo viroceno es necesario desarrollar una manera distinta de vivir en la que se asuma que es necesario establecer ciertos límites si lo que se desea es que las actuales y las próximas generaciones pueden continuar viviendo. Se trata, por un lado, de una responsabilidad individual, sobre la que cada uno de los habitantes del planeta debe actuar y, por otro lado, de una responsabilidad colectiva a la que la comunidad humana debe hacer frente asumiendo que existe una interdependencia global, que estamos interconectados y dependemos unos de los otros para seguir vivos, tal y como nos ha enseñado la pandemia.

Una cuestión que debe quedar clara al formular la necesidad de la transformación es que el cambio no va a ser nada fácil, no sólo por la envergadura de las acciones que se deben emprender, que suponen la reformulación del sistema económico, político y social, sino por las resistencias que se producirán y las consecuencias que de ellas se pueden derivar. En relación con las resistencias, las fuerzas contrarias a los cambios ya se encuentran en fase de reacción ante los avances ocurridos a partir del segundo decenio del siglo XXI cuando las primaveras árabes, el movimiento “Occupy Wall Street” o el movimiento de los indignados 15-M, por mencionar algunos casos concretos, sacudieron, con más o menos éxito, el mundo. Su objetivo será el de siempre, el del manido gatopardismo lampedusiano que propone cambiar todo para que todo siga igual, es decir, el mantenimiento del statu quo a toda costa, o lo que es lo mismo, el aprovechamiento de los sucesivos shocks para cambiar todo a su favor (Klein, 2007). Quizás la última revisión de la filosofía de Tancredi Falconeri<sup>23</sup> sea el

---

<sup>23</sup> Tancredi Falconeri es el personaje de la película “El Gatopardo” que pronuncia la frase “Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie”.

Gran Reset<sup>24</sup> que plantea el Foro Económico Mundial o constatar, desde la ciudad donde se escribe este texto, que sus calles vuelven a estar repletas de turistas, como si nada hubiera sucedido.

Respecto de las consecuencias, la necesaria transición ecológica, ¿va a ser una transición socialmente justa o va a dejar de lado a los más vulnerables como a veces parece que ya sucede? El cambio tecnológico digital, la virtualización, los algoritmos, la inteligencia artificial, ¿qué efectos van a tener sobre el trabajo de los ciudadanos? La nueva vuelta de tuerca hacia la automatización total, ¿va a volver a cambiar la relación entre capital y trabajo en beneficio del primero? La acumulación desigual de capital, ¿va a provocar un nuevo incremento de la desigualdad? Y ese incremento de la diferencia, ¿cuántos ciudadanos desencantados va a generar? ¿Y ciudadanos desasosegados?

Este texto comienza con una cita de José Saramago, escogida porque lo que con ella se pretende es señalar que actualmente en el mundo algo va mal (Judt, 2011). No se pretende difundir una visión catastrofista, aunque esta pueda estar justificada, sino señalar en qué situación nos encontramos y qué deberíamos hacer para intentar mejorar nuestra existencia sobre la tierra, ese pálido punto azul al que se refería Carl Sagan cuando observaba la imagen que la sonda espacial Voyager 1 tomó en 1990 de nuestro planeta a una distancia de 6.000 millones de kilómetros, en su viaje a través del cosmos. El hecho es que el catastrofismo no conduce a nada y, además, hace muy difícil que la ciudadanía, que es la que debe tomar consciencia y actuar, haga algo si sólo se le anuncian catástrofes como las que aparecen una detrás de otra a diario en los noticiarios televisivos. La ciudadanía, pero, debe ser consciente de la situación en que se encuentra y por ello es necesaria la reflexión que se propone en este texto y en otros muchos que apuntan en la misma dirección. Al mismo tiempo, se le debe ofrecer una alternativa de vida viable y esperanzadora, en un contexto social donde exista el respeto, la empatía y la equidad en todas sus dimensiones, mostrándole que el camino que actualmente está andando y el contexto en que este se desarrolla, son sólo una manera de experimentar la vida y que existen muchas otras formas posibles de llevar a cabo su existencia que sean más amables y agradables de vivir de como lo han sido estos primeros años de siglo XXI.

## Bibliografía

- Adorno, T.W. (2020). *Rasgos del nuevo radicalismo de derecha. Una conferencia*. Barcelona. Taurus.
- Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios, AEMPS (2021). Consumo de fármacos ansiolíticos e hipnóticos en Receta Oficial y Mutuas. <https://www.aemps.gob.es/medicamentos-de-uso-humano/observatorio-de-uso-de-medicamentos/informes-ansioliticos-hipnoticos/?lang=ca>
- Ahmed, N. (2022). Las desigualdades matan. Informe anual Oxfam. <https://oxfamlibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/621341/bp-inequality-kills-170122-es.pdf>

---

<sup>24</sup> Véase <https://www.weforum.org/great-reset/>

- Amnistía Internacional (2021). Dosis doble de desigualdad. Las empresas farmacéuticas y la crisis de las vacunas contra la COVID-19. <https://www.amnesty.org/en/wp-content/uploads/2021/09/POL4046212021SPANISH.pdf>
- Atkinson, A.B. (2015). *Inequality. What can be done?* Cambridge. Harvard University Press.
- Bauman, Z. (2010). *Mundo consumo*. Barcelona. Paidós.
- Bauman, Z. (2017). *Babel. Conversaciones con Ezio Mauro*. Madrid. Trotta.
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Barcelona. Paidós.
- Bihl, A. (2019). Capital e ideología: un título engañoso. Viento Sur. <https://vientosur.info/spip.php?article15439>
- Boletín Oficial del Estado (2020). Real Decreto 463/2020, de 14 de marzo, por el que se declara el estado de alarma para la gestión de la situación de crisis sanitaria ocasionada por el COVID-19. <https://www.boe.es/eli/es/rd/2020/03/14/463>
- Buzai, G.D. , Ruiz, E. (2012). Geotecnósfera. Tecnologías de la Información Geográfica en el contexto global del sistema mundo, *Anekumene*, número 4, 88-106. <https://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/anezumene/article/view/7541>
- Buzai, G.D. (2021) Ciudad de burbujas. *Posición*, 5(5):1-14. [https://www.researchgate.net/publication/351607684\\_Ciudad\\_de\\_burbujas](https://www.researchgate.net/publication/351607684_Ciudad_de_burbujas)
- Castells, M. (2018). *Ruptura. La crisis de la democracia liberal*. Barcelona. Alianza Editorial. 2a edición.
- Comas-d'Argemir, D. (Dir.) (2021). El cuidado importa. Impacto de género en las cuidadoras/es de mayores y dependientes en tiempos de la Covid-19. [https://www.antropologia.urv.cat/media/upload/domain\\_1327/arxius/CUMADE/Informe%20Completo Definitivo 14.12.21.pdf](https://www.antropologia.urv.cat/media/upload/domain_1327/arxius/CUMADE/Informe%20Completo%20Definitivo%2014.12.21.pdf)
- Coronavirus Resource Center (2022). Johns Hopkins University. <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>
- Eco, U. (2018). *Contra el fascismo*. Barcelona. Lumen.
- Ferraris, M. (2012). *Manifiesto del nuevo realismo*. Santiago de Chile. Ariadna Ediciones. <https://library.oapen.org/bitstream/id/fc516edb-2af3-488f-8294-d8936e92b602/617573.pdf>
- Fernando, J.L. (2020a). The Virocene Epoch. The vulnerability of viruses, capitalism and racism. *Journal of Political Ecology* 27(1), p.635-684. doi: <https://doi.org/10.2458/v27i1.23748>
- Fernando, J.L. (2020b). From the Virocene to the Lovocene: multispecies justice as critical praxis for Virocene disruptions and vulnerabilities. *Journal of Political Ecology* 27(1), p.685-731. doi: <https://doi.org/10.2458/v27i1.23816>
- Fontana, J. (2019). *Capitalisme i democràcia 1756-1848. Com va començar aquest engany*. Barcelona. Edicions 62.
- Foster, J.B. (2022) Nature as a mode of accumulation. Capitalism and the financialization of the Earth. *Monthly Review*, Volumen 73, número 10. <https://monthlyreview.org/2022/03/01/nature-as-a-mode-of-accumulation-capitalism-and-the-financialization-of-the-earth/>
- Gabriel, M. (2021). *Ética para tiempos oscuros. Valores universales para el siglo XXI*. Barcelona. Ediciones de pasado y presente.
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical*. Barcelona. Anagrama.

- Global Preparedness Monitoring Board (2019). Un mundo en peligro. Informe anual sobre la preparación mundial para las emergencias sanitarias. [https://www.gpmb.org/docs/librariesprovider17/default-document-library/annual-reports/gpmb-2019-annualreport-es.pdf?sfvrsn=593ede2\\_3](https://www.gpmb.org/docs/librariesprovider17/default-document-library/annual-reports/gpmb-2019-annualreport-es.pdf?sfvrsn=593ede2_3)
- Han, B. (2014). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona. Herder.
- Han, B. (2020). La emergencia viral y el mundo del mañana. *El País*. <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- Innerarity, D. (2022). *La sociedad del desconocimiento*. Barcelona. Galaxia Gutemberg.
- Instituto Nacional de Estadística (2020). Encuesta Europea de Salud Mental en España 2020. Nota de prensa. [https://www.ine.es/prensa/eese\\_2020.pdf](https://www.ine.es/prensa/eese_2020.pdf)
- Instituto Nacional de Estadística (2021a). Encuesta de Población Activa, EPA. Cuarto trimestre de 2020. Nota de prensa. <https://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0420.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística (2021b). Defunciones según causa de muerte. Año 2020. Nota de prensa. [https://www.ine.es/prensa/edcm\\_2020.pdf](https://www.ine.es/prensa/edcm_2020.pdf)
- Instituto Nacional de Estadística (2022). Encuesta de Población Activa, EPA. Cuarto trimestre de 2021. Nota de prensa. <https://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0421.pdf>
- Judt, T. (2011). *Algo va mal*. Barcelona. Taurus.
- Khan, L. (2017). Amazon's antitrust paradox. *Yale Law Journal*. Volumen 13, Número 3, pág. 564-907. <https://www.yalelawjournal.org/note/amazons-antitrust-paradox>
- Klein, N. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona. Paidós.
- Lorente, M. et al. (2022). Impacto de la pandemia por COVID-19 en la violencia de género en España. Centro de publicaciones. Ministerio de Igualdad. Gobierno de España. Madrid. [https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/estudios/investigaciones/2022/estudios/impacto\\_covid19.htm](https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/estudios/investigaciones/2022/estudios/impacto_covid19.htm)
- Mazzucato, M. (2021). *Misión economía. Una guía para cambiar el capitalismo*. Barcelona. Taurus.
- Milanović, B. (2020). Por qué la "crisis del capitalismo" no existe. *CTXT, Contexto y Acción*. <https://ctxt.es/es/20200203/Politica/30967/crisis-del-capitalismo-gig-economy-globalizacion-branko-milanovic.htm>
- National Intelligence Council (2008). Global Trends 2025: A Transformed World. [https://www.dni.gov/files/documents/Newsroom/Reports%20and%20Pubs/2025\\_Global\\_Trends\\_Final\\_Report.pdf](https://www.dni.gov/files/documents/Newsroom/Reports%20and%20Pubs/2025_Global_Trends_Final_Report.pdf)
- Navarro, V. (2019). Crítica a Thomas Piketty: ¿incremento de desigualdades o de explotación? *Pensamiento Crítico. Diario Público*. <https://blogs.publico.es/vicenc-navarro/2019/11/28/critica-a-thomas-piketty-incremento-de-desigualdades-o-de-explotacion>
- Norton Rose Fulbright (2021). Contact tracing apps: A new world for data privacy. <https://www.nortonrosefulbright.com/en-il/knowledge/publications/d7a9a296/contact-tracing-apps-a-new-world-for-data-privacy>
- Pai, M., Olatunbosun-Alakija, A. (2021). Vax the World. *Science*, volumen 374, número 6571, página 1031. <https://www.science.org/doi/10.1126/science.abn3081>
- Pigem, J. (2021). *Pandèmia i postveritat. La vida, la consciència i la Quarta Revolució Industrial*. Barcelona. Fragmenta Editorial.

- Piketty, T. (2014). *El capital al siglo XXI*. Barcelona. RBA La Magrana.
- Piketty, T. (2019). *Capital i ideologia*. Barcelona. Edicions 62.
- Ramonet, I. (2020). La pandemia y el sistema mundo. *Le Monde Diplomatique en Español*.  
<https://mondiplo.com/la-pandemia-y-el-sistema-mundo>
- Ramonet, I. (2022). Las redes sociales imponen su relato. *Le Monde Diplomatique en Español*.  
<https://mondiplo.com/las-redes-sociales-imponen-su-relato>
- Raworth, K. (2012). Un espacio seguro y justo para la humanidad. ¿Podemos vivir dentro del donut?. Oxfam International. <https://www.oxfam.org/es/informes/un-espacio-seguro-y-justo-para-la-humanidad>
- Raworth, K. (2017). *Doughnut Economics: seven ways to think like a 21st century economist*. Londres. Penguin Random House
- Ruiz, E. (2015). *Las tecnologías de la información geográfica: desarrollo, estado actual y perspectivas de futuro*, en Garrocho, G. Buzai, G. Geografía aplicada en Iberoamérica. Avances, retos y perspectivas. El Colegio Mexiquense. México.
- Therborn, G. (2015). *La desigualdad mata*. Madrid. Alianza Editorial.
- Todorov, T. (2014). *El espíritu de la ilustración*. Barcelona. Galaxia Gutemberg.
- Torres, J. (2021). La economía en 2022: Más nubes que claros. *Diario Público*.  
<https://blogs.publico.es/juantorres/2021/12/31/la-economia-en-2022-mas-nubes-que-claros/>
- Wang, H. (2022). Estimating excess mortality due to the COVID-19 pandemic: a systematic analysis of COVID-19-related mortality, 2020–21. *The Lancet*. Elsevier.  
[https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(21\)02796-3](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(21)02796-3)
- Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism. The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. Nueva York. Public Affairs.



Esta obra se encuentra bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0. Internacional. Reconocimiento - Permite copiar, distribuir, exhibir y representar la obra y hacer obras derivadas siempre y cuando reconozca y cite al autor original. No Comercial – Esta obra no puede ser utilizada con fines comerciales, a menos que se obtenga el permiso.